

*se*, paucorum: Muchos, añadia, tienen la suerte de empezar, pero la dicha de perseverar la tienen pocos: pues de este número conviene que seais. Mi dolor, Christianos, es pensar que la mayor parte de los que me oyen han de ser excluidos de él, ó por mejor decir, se han de excluir á sí mismos; lo que me aflige tanto, que me obliga á decir con David: *Tabescere me fecit zelus meus* (a), mi zelo me tiene consumido de dolor: por hacer hoy la triste reflexion, de que en tan numeroso concurso habrá muy pocos á quienes el mundo no vuelva muy presto á aprisionar en sus lazos, y en quienes no recobre todo su imperio la culpa. Mi Dios; ¡qué profundos son vuestros juicios, y qué lamentable nuestra inconstancia! Lo sumo de mi afliccion es ver con San Bernardo, que la Resurreccion del Hijo de Dios ha venido á ser el término fatal, ó por mejor decir, el principio de vuestras recaidas: *Prob dolor! terminus recidendi facta est Resurrectio Salvatoris.* ¿No se renuevan ahora los entretenimientos, los juegos, las diversiones públicas, y por consecuencia infalible, las torpezas, las disoluciones y los excesos? Tan cierto es esto, que parece que no ha resucitado Jesu-Christo sino para hacer que soltemos la rienda á nuestras pasiones y sentidos: *Ex hoc nempe redeunt commensationes, ex hoc laxantur concupiscentiis freno: quasi ad hoc surrexerit Christus, & non propter justificationem nostram.* Mas no Señor: Vos perfeccionareis vuestra obra, porque obra vuestra ha sido mi conversion. Vos la mantendreis como la habeis comenzado, y yo la mantendré con Vos, y por Vos. Me ha prevenido vuestra gracia, y yo he seguido su impulso. Ella me mostrará siempre el camino, me servirá siempre de guia, y yo la seguiré siempre, hasta que pueda llegar á la gloria adonde nos conduzca, &c.

SER-

(a) Psalm. 118. v. 139.

SERMON  
PARA EL DOMINGO  
de Quasimodo.

*Sobre la Paz christiana.*

Dixit ergo eis iterum: Pax vobis.

*Les dixo otra vez: La paz sea con vosotros. San  
Juan cap. 20. v. 21.*

Este es el tesoro inestimable que dexa á sus Apóstoles Jesu-Christo. Su paz les da, y esta paz es uno de los frutos que su Resurreccion produce en nuestras almas quando nos reconciliamos con Dios por la penitencia, y nos llegamos dignamente á los misterios sagrados en la Comunión de la Pascua. Este Salvador Divino viene á nosotros en el Sacramento de su cuerpo: nos honra á todos en particular, no con una sola aparicion, sino haciendonos personalmente una visita; y en esta ocasion interiormente nos dice: *Pax vobis.* Ya estais reconciliados con mi Padre, y unidos conmigo; gozad de la dicha que poseeis, y gustad de la dulzura de la paz. Esta es la idea que nos da el Apóstol Santiago de la paz de un alma christiana; diciéndonos que es fruto de la santidad y de la virtud: *Fructus autem justitiae in pace seminatur* (a). Y en efecto, qualquiera paz distinta de esta es fantástica y

*Tom. IV. Quaresma. Mm en-*

(a) Jacob. 3. v. 18.

engañosa; para ser sólida y verdadera ha de nacer de la santidad y de la gracia; pues tal es la que Jesu-Christo nos comunica, quando se comunica á nosotros él mismo. Hablemos, pues, de esta paz espiritual; de esta paz de Dios que excede todo sentido; de esta paz que es la que deseaba San Pablo á los Filipenses: *Et pax Dei, que exuperat omnem sensum, custodiat corda vestra, & intelligentias vestras in Christo Jesu* (a). Hermanos míos, les decia, el mayor deseo que me inspira Dios para vuestro bien, es que la paz que él mismo os ha dado, guarde vuestros espíritus y corazones. Esto es lo que hoy deseo y pido para vosotros. Pues habeis recibido esta paz, cuidad de conservarla, y de que ella os conserve con las disposiciones santas en que os hallais delante de Dios: *Pax Dei custodiat corda vestra, & intelligentias vestras in Christo Jesu*. ¿Pero qué razon tuvo el Hijo de Dios para no contentarse con dar una vez á sus Apóstoles la paz, sino haberlos dicho dos veces en una misma aparicion, y con las mismas palabras: *Pax vobis*? Esta circunstancia que reparó San Juan Chrysóstomo en el Evangelio, no carece de misterio: y este misterio quiero explicaros despues de haber pagado el tributo ordinario á María Santísima como Reyna de la paz: AVE MARIA.

No sé, Christianos, si habeis reparado bien en estas dos palabras de San Pablo: *Pax Dei custodiat corda vestra, & intelligentias vestras*. La paz de Dios conserve vuestros corazones, *Corda vestra*; y posea vuestros entendimientos, *Intelligentias vestras*. ¿Por qué desea el Apóstol esta duplicada ventura á los Filipenses, una en orden á los entendimientos, y otra en orden á los corazones? La razon, responde San Juan Chrysóstomo, es porque para establecer una paz perfecta en el hombre, es necesario introducirla igualmente en estas dos potencias de su alma, en el entendimiento, y en el corazon. La paz

(a) Philip. 4. v. 7.

paz del corazon necesariamente supone la del entendimiento, y la del entendimiento no puede ser constante sin la del corazon. Luego es necesario pacificar el entendimiento del hombre, desterrando de él todas las inquietudes que puede tener en el exámen de la verdad; y pacificar su corazon, arrancando de él todos los deseos que le atormentan quando solicita su quietud. Ved ahora todo el misterio del Evangelio. No se contenta el Salvador del mundo con decir una vez á sus Discípulos: *Pax vobis*, la paz sea con vosotros; sino que repite las mismas palabras en la misma aparicion, porque quiere darles esta duplicada paz, en que consiste toda la perfeccion del hombre, la paz del entendimiento, y la paz del corazon. ¿Mas por qué camino puede el hombre tener esperanza de conseguir las? Este es otro secreto admirable que el Evangelio nos descubre, y hallo en él establecida sólidamente la paz del entendimiento en la sumision á la fé: *Beati qui non viderunt & crediderunt*; y hallo perfectamente conservada la paz del corazon con la sujecion á la ley divina: *Dominus meus & Deus meus*. Poneos bien por vida vuestra, en estas dos cosas que he propuesto. Dícele el Salvador del mundo á Santo Tomás, que son bienaventurados los que creen sin haber visto; y Santo Tomas le responde, que es su Señor y su Dios. Creer lo que no se vé, es sujetar la razon á la fé; y reconocer el imperio y dominio de Dios, es querer obedecer su ley: y en estas dos obligaciones se contienen los dos principios mas esenciales de la paz: por que sujetando mi razon á la fé, solicito la paz del entendimiento; y sujetándome á la ley de Dios, me pongo en posesion de la paz del corazon. En dos palabras; no podemos esperar que nuestro entendimiento esté jamas sosegado, mientras dexemos que nuestra razon le gobierne: ni tenemos que esperar que nuestro corazon esté contento jamas, mientras se dexare dominar de sus pasiones. Es necesario que la fé gobierne nuestro entendimiento, si queremos que tenga quietud: esta es la primera parte. Es necesario que reyne en nuestro corazon



la ley divina, si queremos que goce de una sólida felicidad: esta es la segunda. Dos verdades importantes en que se dividirá este discurso.

## I. PARTE.

Por qué habiendo Dios hecho al hombre racional, en el punto mas esencial, que es el de la religion, no quiso que se gobernase por la razon sino por la fé, es una dificultad que trataron los Padres de la Iglesia con no menor sutileza, que eficacia. San Agustin dice, que Dios lo dispuso así por su propia gloria: porque así como un Señor no quiere que los que le sirven se metan en averiguar sus procederés, especialmente en los negocios secretos y de mayor importancia de su casa, del mismo modo es derecho de la grandeza de Dios, que el hombre, que es un puro nada no arguya con Dios sobre lo mas oculto é incomprehensible de su providencia, y sobre el orden de sus juicios. Así se explica San Agustin. Y á la verdad es preciso confesar, que la obediencia que por la fé rendimos á Dios, es un vasallage debido á la infinita soberanía de su Sér. Pero si toca á la honra y gloria de Dios, que el hombre se gobierne por la fé, digo con el Angélico Doctor Santo Tomás, que no cede ménos en provecho del hombre el conducirse así: ya porque merece el hombre mas siguiendo la conducta de la fé, que gobernándose por la razon; ya porque sin la fé ignorariamos muchos mysterios y verdades que la razon no alcanza; ya en fin, porque hay pocos entendimientos capaces de adquirir con la razon sola todo el conocimiento de Dios que hemos menester; de donde se sigue, que Dios no hubiera dado á la mayor parte de los hombres un medio suficiente para conocerle bien y consiguientemente la mayor parte de los hombres estuviera sin Religion, si Dios á falta de la razon, ó por mejor decir, para fortalecer y alumbrar la razon, no hubiera ordenado la fé: particularmente, siendo imposible, por mas entendidos que seamos, que en materia

de

de Religion, sin un rendimiento humilde á la fé, hallemos jamas la quietud de nuestros entendimientos.

Este es un principio que me parece incontestable. Dádme un hombre resuelto á no creer sino lo que quiere, y á no rendirse á la fé jamas; en qué estribarà para adquirir aquella disposicion, que tiene quieto y sosegado el entendimiento? O vivirá en una total indiferencia en materia de Religion, como los que no tienen fé, y los impios; ó se formará una Religion particular segun las luces de su razon, como los Filósofos y sábios del mundo. Si vive en total indiferencia en materia de Religion, sin cuidar si hay Dios, ni cómo debe ser honrado, ni lo que hay despues de esta vida, ni si hay otra; bien sabeis la infelicidad de este estado, y basta el menor rayo de luz para conocerle. ¿Pues qué horror es ese? Llegar á ser un hombre insensible á las mismas cosas inseparables de su sér y de su condicion. Un hombre que no sabe lo que es, ni por qué lo es; que no piensa en lo que ha de ser, y en lo que ha de venir á parar; que no creyendo nada, es incapaz de toda esperanza, y no teniendo seguridad de nada lo debe necesariamente temer todo; abandona al acaso su felicidad, ó su infelicidad eterna: de suerte, que si hay felicidad eterna, la renuncia; y si hay infelicidad eterna, se expone evidentemente á ella; estando á peligro de incurrir en ésta, y de privarse de todo el consuelo de aquella, no conoce á Dios, ni quiere aplicarse á buscarle, ó por mejor decir, lo quiere ignorar, quando todas las cosas le obligan á conocerle. Pues estas son las señas de un hombre perdido y sin Religion. Y pregunto: ¿puede un hombre hallar quietud sólida en este estado? ¿No basta el ser racional para que todo esto le turbe, le sobresalte y le haga estremecer? Pero considerémosle en el otro estado, en que hace una particular Religion para sí segun las luces de su entendimiento; esto es, una Religion fundada solamente en la luz de la naturaleza, qual fue y es la Religion de los Filósofos y de los sábios del mundo. No hablo ahora de lo monstruoso que fuera, que cada uno pudiera hacerse una

una



una Religión particular, y que hubiese tanta diferencia de Religiones como de pareceres; porque esto no es de mi asunto; quiero averiguar solamente, si en ese estado puede hallar el entendimiento del hombre quietud verdadera; y creo firmemente que no: porque un hombre sábio, por poco que se conozca á sí mismo, está convencido de tres cosas en orden á su razon: lo primero, que está á peligro de errar; lo segundo, que es naturalmente curioso; y últimamente, que la mayor parte de sus conocimientos, quando mucho, son unas opiniones que aun quando le proponen la verdad, le dexan siempre en incertidumbre. Pues estas tres cosas son absolutamente incompatibles con la quietud del entendimiento, y lo habeis de ver claramente.

Si soy sábio, no puedo establecer mi Religión sobre mi razon sola: porque sé que está á riesgo de errar mil veces, y especialmente en lo que pertenece á la Religión. Sé, que las historias de todos los siglos me enseñan, que en ninguna cosa han sido mas monstruosos los desvarios de los hombres, que en lo que pertenece al culto de la Divinidad. Sé, que San Juan Chrysóstomo repara, que quando el demonio arrancaba la verdadera Religión de los corazones de los hombres, los empeñaba en supersticiones vergonzosas, hasta llegar á hacer que adorasen los brutos mas sucios y viles: infamia que parece habian de mirar con horror, y no obstante llegaban á cometerla. Sé la causa del asombro de San Agustín, quando consideraba que despues de haber sido los Egypcios la Nacion mas culta del mundo, con todo eso cayéron en la mas vil idolatría, habiendo reconocido y adorado por su Dios, lo que apenas se puede nombrar: y que los Romanos, que despues fueron dueños del mundo, quando su imperio estaba mas floreciente, habian ofrecido incienso á unos dioses sujetos á los vicios mas infames y horrosos. Se puede justificar facilmente por la tradición de la Iglesia, que no ha habido heregia tan extravagante, que no haya hallado sequaces que la hayan aprobado y gustado de ella. Y lo que

mas

mas asombra, las heregias mas extravagantes han hallado muchas veces la aprobacion de los ingenios mas elevados. Ultimamente, sé lo que San Gerónimo observó juiciosamente, y es, que siempre que el entendimiento del hombre ha salido de los términos que le señala la fé, y ha querido descubrir nuevos rumbos en el campo de la Religión, todas sus diligencias no han servido sino para embarazarle y confundirle con los errores mas groseros.

Si sé bien lo que debo, sé todo esto. ¿Pues qué fundamento tengo, sabiendo todo esto, para poder fiarme de mi razon y remitirme á su juicio en puntos de Religión, y de fé, sino engañándome á mi mismo, y preciándome de tener una razon mas perspicaz, mas recta y mas infalible que todos los hombres del mundo, lo qual fuera un exceso de presuncion, y una soberbia insupportable? Luego es necesario, por corto que sea mi entendimiento, que en materias de Religión tenga mi razon por sospechosa, ó por mejor decir, que de ningun modo la siga; pues por el mismo caso no puede adquirir mi entendimiento, ni mantenerle en aquella santa seguridad que causa su sosiego. Esta consecuencia infiere Guillermo Parisiense, y es evidente por sí misma. Añadid á esto, que es caracter de nuestro entendimiento ser incierto, inconstante y falto de resolucion en la mayor parte de sus juicios, que es otra calidad directamente contraria á la quietud que solicita. Es decir, que para un conocimiento cierto de que puede asegurarnos nuestra razon, hay mil de que no puede asegurarnos. Aun mas: lo que hoy suponemos como cierto, mañana se nos hace dudoso; y despues de haber pensado bien en ello, llegamos absolutamente á tenerlo por falso. Pues si esto sucede aun en las materias del mundo, que son (por decirlo así) de nuestra jurisdiccion, mucho mas ha de succeder con las de Dios, que tanto mas se huyen á nuestro conocimiento, quanto mas distantes y mas altas estan, y por el mismo caso deben llenar de mayor inquietud el entendimiento, quando no se gobierna por la fé.

Es-



Este es el infeliz estado en que se hallaba San Agustín ántes de su conversion, quando en lugar de aprender con docilidad y humildad de discípulo, queria con una vana soberbia decidir y juzgar de todo como Maestro. El mismo lo confiesa en el libro que nos dexó sobre la utilidad de la fé. Yo andaba, dice el Santo, de secta en secta, y de opinion en opinion, segun la variedad con que se movia mi entendimiento: ya me declaraba por una, y ya por otra: no habia secta que no quisiese abrazar, ni secta que no quisiese dexar despues de haberla abrazado. Hoy era Maniquéu, y mañana no lo era: muchas veces perdía la esperanza de poder llegar al conocimiento de la verdad, y despues de un largo combate, fatigado de mis propios pensamientos, me dexaba llevar del sentir de los Académicos, que nada tenían por cierto en este mundo, queriendo mas dudarle todo con ellos, que juzgar sobre puras probabilidades: *Saepe mihi videbatur non posse omnino inveniri quod quaerebam, magnique fluctus cogitationum mearum in Academicorum sententiam ferebantur.* Y reparad de paso, que á lo ménos no estaba San Agustín sujeto al vicio tan comun de nuestros tiempos, que es dexarse preocupar de un parecer, sin querer escuchar otro; creer una cosa porque se creyó al principio, ó no aquietarse jamas con ella por haberse opuesto ántes; porfiar en que es así, porque se quiere que sea, y contradecirla con obstinacion, porque el interes propio pide que no sea así; y en fin, tener por punto de honra en qualquier partido que se elige, el seguirle con terquedad, sin tener mas regla para este proceder, que un asimiento invencible al propio juicio: esto es, amados oyentes míos, lo que ocasiona cada dia tantos desórdenes en el mundo. San Agustín, digo, por lo ménos no tuvo esta flaqueza, aun en el tiempo en que no tenia el entendimiento rendido al imperio de la fé; porque todo lo exáminaba, y nada le preocupaba la razon: ántes con un defecto totalmente contrario, á fuerza de inquirir y dar demasiada libertad á su razon en el exámen que hacia, no halla

ba

ba punto fixo en que aquietarse, y esto le embarazaba y confundia. Reparad en esos licenciosos presumidos de su entendimiento, que eternamente andan en disputas sobre la Religion, porque no la tienen. Aunque no es en ellos la causa (como en San Agustín) la mucha perspicacia de su espíritu, antes en sus desahogos hay mas ignorancia que duda; siempre discurren, y forman argumentos sobre los puntos de la fé. Disputan, pero sin saber lo que creen, ni lo que no creen, quedando siempre inciertos en todo, y no sentando jamas principio alguno por donde se quieran regir, deshaciendo hoy lo que propusieron ayer, hablando ya de un modo, y ya de otro, segun los lleva la inclinacion ó el capricho. ¿De dónde ha nacido la confusion que se ha visto siempre en el progreso de la heregia; y en particular de la heregia de Lutero, hecha un monstruo de cien cabezas por las facciones diversas en que se divide? De la soberbia del entendimiento humano. Cada uno queria ser maestro, dogmatizar á su modo, y enseñar á los demas. Uno tomaba la reforma con todo rigor, otro la suavizaba y moderaba: éste queria salvar á qualquier costa la realidad en el Sacramento de la Eucaristía, y aquel no la podia tolerar. De este principio nacia la division de los entendimientos, el cisma de las Iglesias, y las guerras en los Estados. Pues esto que sucedió en una misma secta, á cada hora sucede en un mismo entendimiento; y la experiencia nos hace ver, que se divide en sí mismo, y se confunde desde que incurre en la desgracia de apartarse de la sencillez de la fé.

Quando no hubiera en él mas vicio que la curiosidad de saber, que aun despues de tener las imperfecciones que tiene, sirve á la razon del hombre de derecho y privilegio para inquirir continuamente, y buscar nuevas noticias con ansia insaciable; ¿podriamos tener esperanza de dar paz á nuestro entendimiento? No es posible; porque como dice Santo Tomas, el discurrir es buscar; y buscar siempre, es no estar jamas contento: luego para poner nuestro entendimiento en la posesion de aque-



la paz bienaventurada á que aspira , es necesaria alguna cosa firme que detenga su curiosidad , y la estreche , y señale raya de donde no pueda pasar ; alguna cosa cierta que remedie sus inconstancias ; y alguna cosa inflexible que corrija sus errores : estas son las tres calidades de la fe ; porque ciñe vuestra razon , reduciéndola á solo este principio , Dios lo ha dicho , y Jesu-Christo , que es la sabiduría de Dios , es el que lo declaró ; no permitiendo jamas que salga de esta raya . Y por esta razon decia Tertuliano , que la curiosidad no nos servia despues de Jesu-Christo , y nos estaba prohibido su ejercicio despues que se nos habia anunciado el Evangelio : *Nobis curiositate opus non est post Christum, nec inquisitione post Evangelium*. Pues si parece que en esto cede nuestra razon sus derechos , y que se estrecha á unos límites á que la naturaleza no la ciñe ; por lo menos es verdad que con esta retirada voluntaria á los términos de la fe, cesan todas sus inquietudes , y halla en ella un reposo perfecto.

Además de eso , la fe remedia sus inconstancias , lo qual no es menos evidente ; porque es esencial á la fe divina tener dispuesto nuestro entendimiento de tal suerte , que primero renunciáramos toda la luz de la naturaleza , y todo el conocimiento de los sentidos , que dexar de creer lo que creemos . Porque ser fiel ¿ qué quiere decir , sino tener esta disposición ? Pues lo que tiene de esta suerte fixo nuestro entendimiento , es lo que causa la paz en él : En fin , la fe por especial privilegio de la gracia propio suyo , asegura la razon del hombre contra el error y la mentira , porque es tan infalible como Dios . No solamente es infalible en sí misma por estar fundada inmediatamente en la autoridad y revelacion divina , sino que lo es tambien respecto de nosotros , pues nos aplica esta revelacion por medio de unas reglas tan santas , que si por imposible nos engañáramos , fueran á cargo del mismo Dios nuestros errores , segun aquellas palabras de Ricardo de San Víctor : *Domine , si error est quem credimus , á te decepti sumus*. Si Señor , si hubiera alguna ilusion en nuestra fe , tuvieramos razon para echa-

ros á Vos la culpa : pues este derecho que tiene nuestra razon de recurrir á Dios como á su fiador , y estrivar en su infalibilidad , es lo que la asegura en esta paz de que depende su perfeccion y su dicha.

Y esto es lo que yo llamo don de Dios , y bienaventuranza de la fe en un entendimiento sujeto á su Magestad . Porque imaginar que nuestra fe es ignorante , imprudente , y aun del todo ciega ( como se lo querian persuadir á San Agustín los Maniqueos para apartarle del partido de la Fe Católica ) es un abuso de que importa desengañarnos . No , esta fe sobrenatural en su objeto , en su motivo , y en su principio , no es una fe ignorante , pues antes de creer se nos permite enterarnos de si la materia está revelada por Dios ó no . Y en este punto puedo decir sin temeridad , que la fe que me hace Cristiano , aunque es tan obediente , no dexa por eso de ser racional , y aun al sacrificar mi razon , se reserva siempre el poder discurrir . Confieso que no puede ya discurrir en habiendo conocido que es Dios el que habla ; porque Dios no quiere darnos cuenta de lo que ha hecho , ni de lo que ha dicho ; pero tampoco quiere que le demos crédito sin razon ni discrecion : antes nos manda que no creamos á qualquier espíritu , y uno de los escollos de que mas quiere que huyamos , es el de ponernos indiscretamente á riesgo de tomar la palabra de un hombre por suya . Por esto nos permite , ó por mejor decir , nos manda discurrir ; no teniendo ( dice San Gerónimo ) por cosa indigna de su soberanía pasar por este examen ; *Probate spiritus, si ex Deo sint* (a), y sujetarse en algun sentido á nuestra razon , antes de obligar á que nuestra razon se le sujete . Y esto explicó el Príncipe de los Apóstoles en dos palabras misteriosas , quando nos exhortó á hacernos por la fe como niños ; pero como niños racionales . Parece , dice San Agustín , que hay contradiccion en esto ; porque si somos niños , ¿ cómo podemos tener uso de razon ?

(a) I. Joann. 4. v. 1.



Y si usamos de ella, ¿cómo somos niños? Pero lo que es imposible en el orden de la naturaleza, es la obligación mas natural y mas inteligible en el orden de la gracia. Porque es decir, que por la fe debemos ser como niños para no argüir con Dios sobre los puntos en que se ha dignado de explicar y declararse con nosotros; pero que debemos ser racionales para discernir si es de Dios, ó de quien esté revestido de la autoridad de Dios, lo que se nos propone. En una palabra; debemos ser racionales antes de la fe, pero no en el ejercicio actual de ella; racionales en los preliminares de la Religión, pero no en su acción esencial; racionales para aprender y disponernos á creer, pero no para creer en efecto. Pues en este atemperarse y mezclarse la razón y la fe, la razón y la Religión, la razón y la obediencia, consiste el reposo de un entendimiento juicioso, y dotado de prudencia.

No es eso todo: nuestra fe no es imprudente, pues está fundada en motivos que convencieron á los primeros hombres del mundo, persuadieron á los entendimientos mas sutiles, y le hicieron decir á San Agustin, que solamente una necesidad extrema podia resistir al Evangelio. ¿No fuera cosa bien extraña, que lo que pareció necesidad á este Doctor grande de la Iglesia, nos pareciese á nosotros sabiduría, y calificásemos de imprudencia lo que él miró como suma razón? En fin, nuestra fe no es, de todos modos ciega, pues con la obscuridad de los misterios que nos revela, junta una especie de evidencia, que es la de la revelación de Dios: poneos, si gustais, en mi pensamiento. Digo una especie de evidencia, porque despues de los motivos que me obligan á creer (pongo por exemplo) la Encarnación, ó la Resurrección de Jesu-Christo, aunque para mí es obscuro en sí mismo el misterio de un Dios hecho hombre, y resucitado, pero no lo es la revelación de este misterio. Y en efecto, si para confirmar ahora esta verdad hiciera Dios un milagro delante de mis ojos, tuviera por evidente que este misterio me está revelado por

Dios,

Dios, y esta evidencia no fuera contra la calidad, ni contra el merecimiento de mi fe: pues los motivos que tengo para estar convencido, son mas fuertes y mas urgentes, que si hubiera visto este milagro: y puedo decir con no menos razón que S. Luis nuestro Rey, que no necesito de milagros, porque la voz de la Iglesia y de los Profetas con otros muchos testimonios que tengo, incluyen un no sé qué, que es para mí mas auténtico que los milagros mismos. ¿Pues por qué no he de inferir que tengo un género de evidencia de la revelación divina en medio de las tinieblas de la fe? Esto unido con todo lo demas, acaba de calmar las inquietudes de mi entendimiento.

Al contrario, si me salgo del camino de la fe, que es un camino llano y derecho, doy en un laberinto, en que no hago sino dar vueltas continuas sin encontrar jamas por donde salir. Para apartarme de esta fe he de dar en los mayores extremos, será necesario no reconocer Dios, ni un hombre Dios Salvador, desmentir á todos los Profetas que le prometieron, tener por falsas todas las Escrituras, tratar de impostores á todos los Evangelistas, declararme contra todos los milagros de Jesu-Christo, y contradecir á todos los historiadores sagrados y profanos. Pues para venir á este extremo ¿qué combates no ha de pasar, y de qué olas tan violentas no ha de ser combatido el entendimiento?

Y ciertamente (le dixera yo á un licenciado en lo que toca á la fe) en esta contrariedad de pareceres en que vos y yo nos hallamos, ¿quién de los dos arriesga mas, y tiene mas que temer? ¿Yo que creo lo que la Religión me enseña, ó vos que nada queréis creer? ¿Yo que me sujeto á creer para conformar mi vida con lo que creo, ó vos que no queréis creer por seguir una vida licenciosa? Creyendo lo que creo, lo peor que me puede suceder es privarme por el tiempo de esta vida de algunos gustos, que la ley que sigo, y aun la razón misma prohíbe; á esto me expongo, suponiendo que mi fe no estuviese bien establecida: pero vos os poneis á peligro de



de una eterna condenacion, si es verdad lo que no creéis. Esta es la diferencia de nuestras suertes: pero yo que arriesgo poco (si en efecto aventuro algo) vivo sin inquietudes; y vos que lo aventurais todo, pues aventurais una eternidad, habeis de padecer continuos sustos.

Concluuyamos, pues, con el Salvador del mundo: *Beati qui non viderunt, & crediderunt.* Dichosos los que creen, y creen sin haber visto! Dichosos los que creen, no solamente porque corrigen todas las imperfecciones de la razon sujetándola á la fe, no solamente porque en lugar de una razon flaca y debil que renuncian, entran en la participacion de las luces puras del entendimiento divino, sino porque cautivando su entendimiento en obsequio de la fe, establecen en él una paz inalterable: y dichosos los que creen sin haber visto, porque quanto menos necesitan de ver para creer, tanto mas sólida y constante es la paz de sus entendimientos. No, Christianos, no pensemos que los Apóstoles fueron mas privilegiados que nosotros, porque vieron al Hijo de Dios en la tierra, y fueron testigos de sus milagros. El mismo Hijo de Dios nos dice hoy todo lo contrario, y nos asegura que si sabemos aprovecharnos de nuestra condicion, será mas bienaventurada en esta materia: *Beati qui non viderunt, & crediderunt.* No es el ver los milagros lo que le da al entendimiento la paz y tranquilidad de que hablamos, sino el rendimiento sencillo á la fe. Los Apóstoles habian visto todos los milagros que Jesu-Christo habia hecho en su vida; y despues de eso no estuvieron menos turbados al tiempo de su Pasion. Despues de su Resurreccion misma, aunque se les apareció tantas veces, no estaban sus entendimientos del todo asegurados, y se vió obligado Jesu-Christo á reprehenderlos de su incredulidad al subir al Cielo. Lo que los confirmó, fué el don de la fe, y de sumision, que los traxo del Cielo el Espíritu Santo que descendió sobre ellos visiblemente. Pues este espíritu de sumision le puedo tener como ellos, y aun mas que ellos sin haber visto: porque es mayor sumision creer antes de ver, que creer despues

'pues de haber visto. Con que puedo ser mas bienaventurado en el exercicio de mi fe, que los Apóstoles mismos. Ay! amados oyentes míos: ¡qué sosiego fuera el nuestro, si estuviéramos bien persuadidos de esta verdad! ¡qué paz tuviéramos, si hubiéramos sacrificado á Dios todas estas vanas curiosidades en que nos ocupamos; estas ansias ardientes de saber y ahondar en algunas materias, que ha querido Dios que esten ocultas á nuestra vista, y nunca nos entramos en ellas sino para hacernos mas infelices; esta imaginaria perspicacia de ingenio de que nos preciamos, queriendo ser estimados por ella á costa de nuestra fe, porque quizá no podemos adquirir esa estimacion por otro camino; esta libertad presuntuosa de hablar y disputar de todo, que poco á poco va apagando la Religion en nuestros corazones! Esta es la causa de nuestra perdición: es la que ocasionó la de todos aquellos entendimientos altivos, que quisieron tomar vuelo, y elevarse á demasiada altura. Apuraronse en disputas, pero en vano: porque despues de haberse atormentado inutilmente, se hallaron forzados á confesar que la Religion no era invencion de hombres, y se arrepintieron cien veces de haber empezado á poner la mano en ella. El mismo Lutero lo decía, y quando le pedian su consejo sobre algun punto de Religion, era el primero, como lo leemos en su historia, que aconsejaba que no se siguiese su exemplo, sino que se tomase por regla principal la sumision. Es, pues, necesaria la sumision á la fe para la paz del entendimiento, y la sumision á la ley es necesaria para poscer la paz del corazon, que es la segunda parte.

## II PARTE.

Es imposible resistir á Dios, y tener paz; pero tambien es imposible que no tenga paz quien está perfectamente rendido á Dios. Estas son dos verdades de fe y la primera es conforme á los términos expresos de la Es-



critura: *Quis restitit ei, & pacem habuit* (a)? ¿Donde está el hombre, que habiendo tenido la temeridad de rebelarse contra Dios, haya logrado la ventura de hallar la paz? Este desafío hacia Job á los pecadores, pretendiendo que no habia exemplar de que hubiese paz en el alma que no estaba sujeta á la voluntad divina. Aunque el Espíritu Santo no nos lo hubiera dicho, la razon sola, junta con la experiencia, bastara para dexarnos convencidos de esta verdad: porque como dice San Agustin, siendo Dios el sumo bien del hombre, su bienaventuranza, su fin último, y por consiguiente centro de su corazon, es imposible que tenga jamas el corazon del hombre quietud, sino en quanto estuviere unido con Dios; y esta union del corazon humano con Dios no puede hacerse en esta vida sino por medio de una sujecion voluntaria á la ley de Dios. Quando un grave está fuera de su centro, aunque esté en otro lugar al parecer mas gustoso, está en él con suma violencia. Quando alguna parte del cuerpo humano está fuera de su lugar, por mas que hagais para su alivio, mientras dura esta dislocacion padece continuos dolores. Pues tal es, Christianos, el estado del corazon del hombre, quando por la culpa se ha separado de Dios. Era Dios su centro, y le ha dexado: debia estar rendido á Dios, y quiso rebelarse contra su soberania; y en este estado, aunque le sobren todos los gustos del mundo, no tendrá jamas tranquilidad ni sosiego. Y esta es la consecuencia que sacaba San Agustin en aquellas admirables palabras que tantas veces habeis oido que le decia á Dios: *Fecisti nos Domine ad te, & inquietum est cor nostrum donec requiescat in te*. Para Vos, Señor, nos hicisteis; porque no tenemos ser sino para Vos, como Vos no le tenéis sino para Vos mismo: y en este punto podemos decir, que el fin que tenemos es tan noble como el vuestro. Pues

es-

(a) Job 9. v. 4.

este fin es una calidad tan esencial, así para Vos, como para nosotros, que aunque sois Dios, no habeis podido hacernos para otro sino para Vos, pues dexarais de ser Dios si pudiéramos ser para otro: *Fecisti nos Domine ad te*. Atended, Christianos, á este gran principio: ¿pero qué se sigue de él? Lo que añade San Agustin: *Et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te*. Nos diste el ser para Vos: luego nuestro corazon necesariamente está combatido de inquietudes y alborotos, desde el punto en que no pone en Vos todo su sosiego. ¿Y cómo se aquieta en Dios? Con una fiel obediencia á su ley. El pecador quiere vivir sin sujecion, y por el mismo caso se precipita en un abysmo de desventuras; por el mismo caso se arman contra él, por decirlo así, todas las criaturas; por el mismo caso, aun las prosperidades que para los demas son favores de Dios, se le convierten en castigos; por el mismo caso le van á buscar la afliccion del espíritu, y la amargura del corazon, y le hallan aunque esté sobre la cumbre de la felicidad humana, de suerte que puede decir como David: *Tribulatio, & angustia invenerunt me* (a); por el mismo caso tiene por enemigo á su entendimiento, su fé le condena, su Religion le asuta, su conciencia le despedaza, y su pecado es un inevitable suplicio que á todas partes le sigue. Quando no hubiera otra miseria que la de estar fuera del órden que Dios ha establecido; no tener parte en su proteccion; estar excluido del número de sus siervos, de sus amigos y de sus hijos; poder hacer, y hacer en efecto muchas veces con despecho esta triste reflexion: Yo soy el blanco de la ira de Dios, y estoy actualmente á riesgo de que descargue sobre mí los castigos de su justicia: si esto solo se concibe con viveza, ¿no basta para hacer un género de infierno del alma del pecador?

Pues esto, dice San Agustin, es una justa disposicion de la justicia, y de la ley eterna de la providencia de Dios.

Tom. IV. Quaresma.

Oo

Por-

(a) Psal. 118. v. 143.



Porque así lo habeis ordenado, mi Dios, y esta sentencia se executa cada día; que qualquier alma que se rebeló contra Vos, sin salir fuera de sí, tenga en sí misma su tormento: *Jussisti Domine, & sic est, ut omnis animus inordinatus: pena sit ipse sibi.* Verdad que nos quiso dar á entender el Espíritu Santo con una especie de la más elevada y mas divina eloqüencia. Hablando Salomón de los pecadores en el libro de la Sabiduría, decía á Dios: *Non enim erat impossibilis Omnipotens manus tua. . . immittere illis multitudinem ursorum. . . aut novi generis ira plenas ignotas bestias* (a): Os era muy fácil, Señor, enviarles unos monstruos que los tragasen, y podía vuestra mano omnipotente criar nuevas especies de criaturas para acabar con ellos, siendo ministros de vuestra indignación: pero como al castigar á los hombres no es precisamente lo que intentáis dar á conocer vuestra grandeza omnipotente, y os contentáis con hacer que experimenten los efectos de vuestra justicia soberana, no queréis darles otro castigo, sino hacer que su mismo delito sea su tormento, y no habeis menester mas que abandona-los á sus pasiones para conseguir de ellos una venganza cumplida: *Sed & sine bis uno spiritu poterant occidi, persecutionem passi ab ipsis factis suis* (b). Esta es la idea que el Espíritu Santo nos da del estado de los pecadores; de este modo nos los representa como unos hombres dexados á sí mismos, que se persiguen y se rebelan contra sí mismos despues que se rebelaron contra Dios: *Persecutionem passi ab ipsis factis suis.* Y á la verdad, la pena mas infalible, y que mas de cerca sigue al pecado es el remordimiento de la conciencia: *Prima illa, & maxima peccati pena est peccasse,* dice Séneca: y la misma razon le inspiraba este dictámen.

Pero basta la experiencia para quedar sensiblemente convencidos de esta verdad. ¿Es acaso verdadera la paz que gozan los pecadores del siglo? Por ventura tienen la

apa-

apariencias, ¿pero tienen la verdadera paz? ¿Qué vida es la suya? Una esclavitud en que gimen baxo la tyranía de sus pasiones y de los vicios que los dominan; una perpetua dependencia del mundo y de sus leyes; una sujecion servil á las criaturas, quiero decir, al capricho, á la vanidad, á la inconstancia, y á la misma infidelidad; una necesidad de padecer mucho para condenarse y perderse; porque no creais que han de tener mas libertad por sacudir el yugo de Dios, ántes en lugar de una servidumbre gloriosa que renuncian, se reducen á la servidumbre mas infame; y en lugar de las cruces provechosas que rehusan, tienen que llevar sobre sus hombros otras inútiles, mucho mas duras y pesadas que los bruman. ¿Qué vida es la suya? Una serie de delitos, que los hacen no ménos infelices que delinqüentes; porque una ambicion, pongo por exemplo, que no pueden satisfacer; una avaricia que jamas dice, *esto basta*; una delicadeza y un amor propio, que del mas ligero mal los hace teer los mas graves sentimientos; una envidia que los consume, un odio que los envenena, una ira que los saca de sí; porque lo que no tienen, siempre lo desean, y nunca estan contentos con lo que tienen; tienen sospechas del uno, maquinan contra el otro, rompen con éste, estan llenos de odio contra aquel, y apenas pueden sufrirse á sí mismos: tantos son los enfados, desabrimientos, mortificaciones y malos sucesos que los ocasiona el pecado: *Contritio, & infelicitas in viis eorum, & viam pacis non cognoverunt* (a). No hay, dice el Profeta Rey, sino infelicidad y afliccion en sus caminos: ¿pues cómo han de tener paz, si estan tan léjos de conseguirla, que ni saben por qué camino se ha de buscar, ni han llegado á conocerla?

Pero direis que estos pecadores del siglo tienen muchas veces todos aquellos bienes en que consiste la felicidad de los hombres en esta vida: los vemos ricos, poderosos, y elevados: el mundo los honra, y no parece

Oo 2

que

(a) Sap. 11. v. 18. & 19. (b) Ibid. v. 21.

(a) Psalm. 13. v. 3.



que se ha hecho sino para ellos. Está bien, sea así, tengan todo lo que os imagináis: quizá es menester rebaxar mucho; pero sean quanto pensais, y aun mucho mas, si es posible: vengo en ello. Vosotros decís que esto es lo que hace á los hombres dichosos en esta vida; y yo pretendo que en nada de esto consiste su felicidad. Vosotros decís que estariais contentos con la menor parte de lo que tienen; y yo digo que aunque tuvierais cien veces mas no habiais de estarlo, si no añadís otra cosa que falta; y esta sola que añadiriais, sin todo lo demas, bastara para haceros bienaventurados. Ved ahí unas máximas muy opuestas; pero para convenceros de lo que digo, y hacer al mismo tiempo que reconozcais vuestro engaño, insisto solamente en la experiencia; porque ella nos pone cada dia á los ojos unos hombres que sin todas esas cosas estan gustosos, y otros con todas ellas infelices; ó por mejor decir, un número infinito de infelices con tenerlas todas, y muchos bien ballados sin todas ellas. Experiencia que los mismos Paganos reconocieron, y en ella estribó el triunfo de su Filosofía; pero yo que no tengo otra Filosofía que la del Evangelio, saco otras consecuencias christianas, que me sirven de edificación y de consuelo: porque conozco evidentemente por este principio, que no hay en el mundo cosa que pueda llenar mi corazón; que hay en él algun bien superior á quanto veo, en el qual consiste mi suma felicidad; y que debo buscar la paz en poseer, ó en solicitar este bien sumo. Pues estas máximas eternas, de las quales estoy persuadido en la especulacion, se me hacen sensibles con la experiencia y conocimiento del mundo. ¿Quántos ricos hay, que á pesar de su buena fortuna se tienen por infelices, y lo son en efecto? Pero decís, que en el juicio del mundo pasan por afortunados. Ay, hermanos míos, replica San Juan Chrysóstomo; esa es su mayor miseria, ser infelices en su idea propia, y pasar por dichosos en la agena: esto es, que siendo verdaderamente infelices, no son dichosos sino en la apariencia; porque su ventura ó desventura no consiste en la opinion de

otro,

otro, sino en la propia, y aunque conspiraran todos los hombres del mundo en declararlos por bienaventurados, no les quita el consumirse con sus congojas, y el crucificarse á sí mismos con sus ansias, porque estan padeciendo la ley tyrana del pecado. Pues al ver esto, dice San Ambrosio, ¿qué juicio he de hacer, sino que hay una providencia, no ménos de misericordia que de justicia, que no permite que los pecadores hallen el gusto y el descanso que falsamente se habian prometido. Ese avariento, y ese hombre entregado á sus deleytes prueban invenciblemente esta verdad: yo tengo al uno por contento, y no lo está; yo pienso que el otro vive á su gusto, y tiene que padecer mas que yo; y así, ellos mismos falsifican el juicio que yo hago de ellos con su propio juicio, ó si quereis, refutan la falsedad de mi juicio con la verdad de su experiencia. Estas son las palabras de San Ambrosio: *Hæc videns, negã, si potes, divini judicii remunerationem; nam ille tuo affectu beatus est, & suo miser; tibi dives videtur, sibi pauper est, & sic tuum judicium suo refellit.* Una sola cosa parece contraria á lo que digo, y es, que los mismos pecadores quieren hacer creer que tienen paz, porque algunas veces lo intentan; pero reparad en que rara vez lo pretenden, ó no lo pretenden constantemente, y aun quando mas lo pretenden, suelen estar mas incapaces de hacer juicio de ello, porque es comunmente quando estan en el mayor ardor de su delito, y en la ceguedad actual de la culpa; fuera de eso me atrevo á decir que jamas lo pretenden sin que su corazón con un interior testimonio no les haga conocer sensiblemente lo vano de su pretension. Esto es lo que el Espiritu Santo por Jeremías, me asegura: *Dicentes pax, pax, & non erat pax* (a). Se alaban de que gozan paz, pero se responden interiormente á sí mismos, que no la tienen. Bien quisieran persuadirse que esta es una paz verdadera; pero se hallan

for-

(a) Jerem. 6. v. 14.



forzados á reconocer que no es sino fantástica; *Pax, pax, & non erat pax*. Pero en fin, aunque tuvieran la paz como la imaginan, ¿no les fuera esta paz mas funesta que quantas inquietudes hay, siendo paz en la desgracia de la culpa? Porque la paz en el pecado (si por ventura en el pecado la hay) es lo sumo de la obstinacion, y hace casi imposible la penitencia sin un milagro de la gracia.

¿Pues en qué se halla la paz del corazon? Ya lo he dicho, oyentes míos; en sujetarse á la ley de Dios; sin esto no hay que esperarla: *Pax multa diligentibus legem tuam* (a). Si, Dios mio, decia David; la paz interior es para los que aman vuestra ley; y no es razon, ni aun posible es que la tengan otros sino ellos; porque siendo vuestra ley el principio de que depende que todas las cosas esten bien ordenadas, es por el mismo caso esencialmente principio de la paz. Paz firme por parte de Dios, por parte del próximo, y por nuestra parte.

Paz firme por parte de Dios; porque ¿qué me puede suceder que turbe mi paz con Dios, quando me sujeto á su ley? Si me envia aflicciones, las recibo como pruebas que quiere hacer de mi fidelidad: si hace que se levanten persecuciones contra mí, le doy gracias, y en lugar de quejarme hago de ellas, como Christiano, motivo de alegría: si me quita las fuerzas y la salud, ya que nada puedo hacer para servirle, por lo ménos me consuelo con hallarme en estado de padecer por amor suyo: si me sobrevienen pérdidas, le doy gracias, porque ya que no puedo honrarle con mis bienes, le puedo glorificar con mi pobreza: si hay quien haga tiro á mi reputacion, me regocijo, porque le puedo ofrecer un sacrificio de caridad y paciencia: si nada de lo que intento me sale bien, le adoro, creyendo que lo que dispone me está mejor que el suceso mas favorable del mundo. En una palabra, no quiero mas de lo que quiere, y del

(a) Psalm. 118. v. 165.

del modo y con las circunstancias que quiere. Lo que no quiero, tengo gusto, y hago mi merecimiento en no quererlo: lo que me prohibe, yo tambien me lo prohibo: en todas las cosas su voluntad es la mia, y como su voluntad está en una paz eterna, conformando con ella la mia logro la paz de Dios, ó por mejor decir, el mismo Dios, segun la sentencia de San Pablo, es mi paz: *Ipsé enim est pax nostra* (a).

Paz firme de parte del próximo; porque una vez que estoy sujeto y obediente á la ley de Dios, falta en mí todo lo que altera la paz entre los hombres; quiero decir, no hay en mí aquellos movimientos de ira, aquellas envidias, aquellas sospechas, aquellos odios, aquellos temores del corazon, aquellas altiveces y desazones que son la semilla de la division y discordia. Mantengo la paz con todo el mundo, aun con los que no quieren mantenerla: *Cum his, qui oderunt pacem, eram pacificus* (b); á ninguno ofendo, á nadie juzgo, de nadie quiero vengarme; por la ley de Dios que sigo inviolablemente, me prohibe quantas injurias, venganzas y juicios pudiera hacer contra los demas, y pudieran ser motivo de que ellos se levantasen contra mí.

Paz firme por mi parte tambien. Porque este rendimiento á la ley de Dios hace calmar toda la furia de mis pasiones, ó por lo ménos hace que esten sujetas á la razon, y estándolo no inquietan mi corazon; la ira no me arrebatá, la tristeza no me oprime, obedezco á Dios, y obedeciéndole, todas mis pasiones se rinden con mi obediencia: reyna Dios en mí, y con una consecuencia necesaria hace que sea yo Rey de mí mismo. Este es, Christianos, el feliz estado de los justos, y aun de los pecadores que han hallado la paz de Dios, reconciliándose con su Magestad. No hablo de un San Pablo, que desafiaba á todas las criaturas sobre si podrian inquietarle en la posesion de esta paz. No hablo de los Mártires, que

(a) Ephes. 2. v. 14. (b) Psalm. 119. v. 7.



que con un milagro de la gracia, en medio de los tormentos sensiblemente experimentaban su dulzura; hablo de los Christianos que corresponden fielmente á Dios, y son constantes en su amor por el ejercicio de las virtudes. Sí, amados oyentes míos, este es vuestro estado quando caminais por los rumbos de la inocencia y de la penitencia; esta feliz suerte lograis, quando estais constantes en guardar esta ley divina, de la qual puedo decir con razon lo que allá decia Salomón de la Sabiduría: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa* (a). Si tenéis dificultades y trabajos que padecer en esta vida, no es porque estais sujetos á la ley, sino porque no lo estais. Esas congojas y penas no nacen de vuestro rendimiento, sino al contrario, porque os falta: si vuestra sumision fuera perfecta, cesaran luego vuestras penas y congojas. Este es, mi Dios (¿lo he de decir?) el estado en que me parece, (aunque soy tan indigno de vuestras misericordias) que me he hallado algunas veces á mí mismo, y me hallo aun quando me vuelvo á Vos. Aunque no estoy seguro de que estoy en vuestra gracia, ni de que soy digno de amor, dadme, no obstante eso, licencia de hacer esta confesion pública. Yo no sé si estais satisfecho de mí, ántes reconozco que tenéis muchos motivos para no estarlo; pero por lo que á mí toca, he de confesar, á gloria vuestra, que estoy contento de Vos, y que lo estoy perfectamente. A Vos os importa poco que yo lo esté ó no lo esté; pero con todo eso, este es el testimonio que os puedo dar de mayor gloria vuestra. Porque decir que estoy contento de Vos, es decir que sois mi Dios pues Dios solo puede contentarme. Pues si aun siendo tan imperfecto no dexo de hallarme con disposicion tan santa, ¿qué será de aquellas almas santas y fervorosas que os sirven con una fidelidad exácta y cumplida? Y si en esta vida se puede gozar paz semejante, ¿qué paz será la que en el Cielo se goza con posee-

ros

(a) Sap. 7. v. 11.

ros á Vos? ¡Ah! Christianos; alentemos hoy nuestros desmayos, avivémoslos con este motivo. Es verdad que es interesado; pero Dios lleva bien que nos sirvamos de él, y que obremos por tenerlo, quando el nuestro y el suyo se dan la mano. Unámonos, pues, con nuestro Dios; busquemos en el nuestra paz, pues no la halláremos en otra parte. Demasiadamente nos enseña esta verdad la experiencia, y debemos temer que nuestra experiencia sea causa de nuestra condenacion. Pues si esta paz no la hay en el mundo, ni el mundo nos la puede dar, no porfiemos en querer hallarla en él. Busquémosla donde está, y donde Dios la ha puesto; pues no la ha puesto sino en sí mismo, ni ha podido ponerla en otra parte. Busquémosla en una total sumision á la fe, y á la ley. Si seguimos estas dos reglas, á un mismo tiempo conseguiremos la paz del entendimiento, y la del corazon: *Quicumque hanc regulam sequuti fuerint, pax super illos*. (a) Y no solamente conseguiremos la paz, sino la abundancia de la paz en esta vida, y la felicidad eterna en la otra.

(a) Galat. 6. v. 16.

